



CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA, NÚCLEO DE IMBABURA

# Cuentos Infantiles

# Cuentos Infantiles

*El duende del molino*



Autora:  
Hidalla Arciniega Sánchez



Ibarra-Ecuador 2018

**Casa de la Cultura Ecuatoriana "Benjamín Carrión"**  
**Núcleo de Imbabura**

**Luis Fernando Revelo C.**  
DIRECTOR

**CUENTOS INFANTILES**  
© Hidalla Arciniega Sánchez

Colección: "COLIBRÍ" N° 26

Portada: Autor: José Villarreal. Título: Silva doméstica  
Técnica: Óleo sobre temple

Ilustraciones: Ivanna Carrillo Arciniega

Diseño: Julio Flores Ruiz

1ª edición - junio del 2018  
Impresión Studio21  
Quito-Ecuador

## PRESENTACIÓN

Volando entre cometas y planetas El Principito, ese héroe con capa y espada armado de crayones dibujó en las galaxias fantasía y dijo sin equivocarse: *"Los ojos son ciegos. Hay que buscar con el corazón"*.

Hoy llega a nuestras manos este libro de cuentos escrito por Hidalla Arciniega Sánchez, lleno de magia e imaginación. Salido de las manos de quien, desde niña, jugaba a hacer hechizos con las brujas y volar sobre unicornios, nos demuestra en cada texto que la capacidad de imaginar va hacia el infinito y más allá.

Hay que volar sin tener alas, y en esa utopía sensitiva se enmarcan estos cuentos que han sido escritos para niños de todas las edades. Porque hasta los adultos más maduros, podrán regresar a la más tierna infancia de la mano de Hidalla, una narradora única, que alejándose de toda estructura narrativa establecida, logra cautivar al lector más escéptico, tocando con sus letras el corazón latiente.

Sí, ya lo dijo el Principito que también tiene su espacio en este libro tan rigurosamente estructurado, *buscando con el corazón* encontraremos la belleza de los sueños. Soñando a alcanzar las estrellas, correteando junto a Hidalla por bosques y paisajes, sintiendo junto a ella la magia del saber en los más inhóspitos parajes.

Los invito, con placer, a leer estos cuentos escritos desde Chorlaví, ese nido de amor de tantos príncipes asentado en la entrada de la Ciudad Blanca.

**Pablo Virgili Benitez**  
Poeta y Escritor



Una tarde soleada como a las cinco, mi esposo y yo salimos a caminar por un sendero solitario cerca de nuestra casa, como a los cincuenta minutos me sentí un poco cansada y sobre un montículo cubierto de césped nos sentamos a descansar y a contemplar el regreso de garzas que en bandada regresaban a su hogar la Laguna de Yahuarcocha, situada cerca de la ciudad blanca, el sol brillante de la tarde le da una tonalidad plateada a éstas aves, es hermoso contemplar su vuelo y el ocaso pintado con diferentes tonalidades naranja, violeta, rosado y finalmente gris.

Mi esposo algo buscaba entre las yerbas y yo contemplaba maravillada el cielo, algo me preguntó, yo no le escuché por el silbido del viento, sin embargo yo asentí con mi cabeza, de pronto a lo lejos vi un avión brillante, como los que siempre se ven... no dije nada... pero me pareció extraña su forma, se acercaba velozmente y en un instante estaba muy cerca de nosotros, entonces le toqué la espalda a mi esposo que seguía agachado y le señalé el lugar donde estaba el avión, ese momento estaba casi sobre nosotros, él se asustó muchísimo, tomó mi mano con la intención de correr, pero nos quedamos inmóviles sin decir palabra, solo abrazados y acurrucados llenos de temor, pese que no hacía ningún ruido nos dimos cuenta que no era una nave común de las que conocemos; era de forma cónica plateada no muy grande con unas especie de ventanas de la misma forma, daba vueltas como buscando aterrizar y en efecto a unos pocos metros de nosotros desciende armoniosamente desplegando tres patas. Aterrizando levantando una nube pequeña de polvo, el pánico hizo presa de nosotros, una fuerza interna no permitió movernos siquiera.

Una escalinata de desplegó y descendieron tres personajes muy similares a nosotros, parecían ser un tipo caucásico por su piel extremadamente blanca y sus melenas rojizas ondeantes al viento, altos de estatura, de contextura atlética y con trajes forrados a su piel.

Los tres personajes se juntaron como para conversar, no escuchamos ninguno sonido articulado pese a estar tan cerca, nos ignoraron por completo, después escuché sólo en mi mente un tipo de conversación... sí... era de ellos, no comprendí nada, fue un dialecto completamente extraño y diferente.

Comenzaron a caminar como buscando algo o a alguien, pasaron muy cerca de nosotros, los seguimos con la vista, entonces pensé:

¿Quiénes son estos hombres... que hacen aquí y que quieren...?

Uno de ellos regresó su mirada veloz y ágil hacia mí, como queriendo decir:

- ¿Qué dijiste?

Corrió un sudor de miedo, pensamos que algo malo nos iba a suceder.

Escuché un mensaje, ahora podía entenderlo perfectamente, hablaban o mejor dicho transmitían sus pensamientos sin articular palabra, pude entender algo así como...somos de un enorme planeta, en donde cada uno tiene su propio mundo (después comprendí que mundo era casa) y nuestro gran planeta sirve de base para albergar todos nuestros mundos, nos alimenta y descansamos ahí... quise entender, pero era algo ilógico para nuestro pobre pensamiento sobre el cosmos y el universo.

Inmediatamente recordé un libro que leí de niña y me apasionó muchísimo “El Principito” de Antoine de Saint Exupéry, su lectura sigue siendo un clásico universal no sólo para niños, el Principito tenía un mundo pequeñito solo para él, y cuidaba de su rosal, pero qué absurdo era todo aquello, mis pensamientos iban y venían, una mezcla de libros fantásticos que había leído, películas, relatos. Mi pensamiento trabajaba rápidamente queriendo dar forma a lo que debía comprender.

Luego escuché:

¿Tú viniste a nuestro mundo?... ¡Cómo sabes sobre la vida del Principito!

Tuve algunos diálogos mentales con uno de estos personajes, mi esposo me hablaba... yo no quería que me distrajera, hasta que comprendió mi concentración mental y solo esperaba...

-Luego el extraño personaje dijo:

- Exactamente así son nuestros mini planetitas, habitamos en él, lo cuidamos, nos movilizamos en ellos y buscamos lo que nos hace falta en otras galaxias para finalmente llegar a la base principal que es el gran planeta.

Trato de recordar al máximo sobre la historia del libro El Principito, en mi cabeza solo podía ver al pequeño rubio con su capa junto a su rosal, interrumpió y dijo:

-¡Yo soy el Principito;...mi asombro congel3 hasta mis huesos, estuve a punto de desmayarme... Luego prosigui3... como ves... ya no soy aquel ni1o que imaginas, crec3 y quiz3 tenga tu edad.

Esto perturb3 mi razonamiento, sin duda era un delirio... o tal vez nunca le3 al Principito... sino fui llevada a sus mundos m3gicos en mi ni1ez.

Nos invitaron a conocer sus mundos y su gran planeta, interiormente me resist3 a ir por temor, pero mi esposo con asombrosa naturalidad aprueba con la cabeza y nos sentimos "obligados" a abordar la nave, creo que debi3 ser como un peque1o avi3n, nunca he subido a uno, con sillones c3modos, fuertes cinturones de seguridad, cascos y muchas lucecitas titilaban en una especie de tableros. Para nosotros fue solo un instante cuando ya est3bamos frente a un enorme planeta que cada vez se hac3a m3s y m3s grande, se pod3a observar muy similar a nuestro bello planeta azul, a su alrededor flotaban bolitas verdes, llenas de pasto, helechos y musgos que colgaban de su parte baja, ten3an su respectivo jard3n en diferentes tonalidades a nuestros colores y una especie de casa, en forma de c3psula color ocre , entre arbustos y follaje, unos insectos raros pero hermosos volaban con sus alas transparentes de un planetita a otro, fue un espect3culo de rara belleza jams3 imaginada que existiera fuera de nuestro l3mites c3smi-

cos . En realidad eran mini planetas de roca y tierra que cada habitante la convirtió en su casa-planeta, se dirigían según a donde quisieran sus habitantes, su tamaño era como una casa grande de las nuestras.

Unos aterrizaban en el gran planeta para adquirir provisiones, otros despegan el vuelo, y muchos volando o flotando, todos muy hermosos y diferentes. Así fue como conocí el mundo del Principito y muchos seres de otros mundo que en realidad son muy hospitalarios y buenos seres cósmicos.

Teníamos que regresar, abordamos la misma nave triangular y en un corto tiempo estuvimos en el mismo lugar de descanso de la caminata, desde sus ventanas sacaron sus brazos largos y dijeron algo como un adiós, tomamos el tiempo y solo había transcurrido como cuarenta y cinco minutos, aún no anochecía y regresamos a casa llenos de asombro, sorpresa y misterio.

Descubrimos que existe vida fuera de nuestro sistema planetario, donde sus habitantes ya no articulan palabras, lo hacen mentalmente, su tecnología es muy diferente y avanzada a la nuestra...Ojalá algún día puede volver a tener esta experiencia maravillosa, en las tardes... de vez en cuando miro al cielo esperando alguna señal que indique que han regresado.



Esta historia le sucedió a mi hermano mayor Oswaldo, por allá en la década de los cincuenta, él tendría unos 10 años de edad a lo mucho. La vida del campo en ese entonces era completamente distinta a la actual. Las costumbres y la religión marcaban la cotidianidad de las familias, se acercaba la fiesta de finados del dos de noviembre que se realiza en honor a nuestros difuntos. En cada casa se preparaba con anticipación los diferentes tipos de granos como el trigo, maíz, cebada, habas y arvejas para moler y hacer las diversas delicias gastronómicas, estos ingredientes fueron indispensables para elaborar el pan y las guaguas de trigo, el champús, arroz de cebada, chicha, coladas, una verdadera gama deliciosa de alimentos

propios de estas festividades.

Una mañana de octubre, mi madre preparó el equipaje completo para ir a moler los granos y tener lista las harinas para la fiesta religiosa, Oswaldo tuvo que acompañarle a su madre en esta actividad, pues es el mayor de 9 hermanos. En ese tiempo no había vehículos para transportar los productos, todo se lo hacía al lomo de caballo, así que prepararon la carga y también aprovecharon llevar la ropa para lavar en el río. El molino era de agua y mientras se molía se lavaba la ropa.

Para llegar al molino existía una pendiente, justamente por ahí caía una cascada de agua que daba la energía necesaria para mover las turbinas del molino y finalmente corría su aguas tranquila y juguetonas como una lombriz gigante que se deslizaba por el prado verde y hermoso; las mujeres lavaban y colgaban la ropa en las enormes piedras que parecían lomos de pequeños dinosaurios que dormían entre la vegetación, mientras que sus hijos correteaban, el lugar era mágico y encantador. Después de algunos años yo también participaría de estas aventuras.

Este molino era el único que daba servicio a muchas comunidades y pueblos aledaños, por lo que había que madrugar a ganar turno. Cuando llegó mi mamá y mi hermano, ya habían cerca de quince personas haciendo fila, todos con sus enormes equipajes, así que para ganar tiempo mi madre se puso a lavar ropa junto a otras mujeres en el río y

a mi hermano no le quedaba m1s remedio que esperar el turno.

Despu3s de casi dos horas de espera, al fin le toc3 a Oswaldo, entre bostezos, cansancio y hambre ten1a que estar atento para cambiar los recipientes de harina y poner en sus fundas de tela, mientras se mol1a 3l descansaba, por un momento se qued3 dormido y entre sustos vio que se estaba regando la harina del bote, r1pido cambi3 los recipientes y se produjo un atasco en la tolva, (recipiente donde se ponen lo granos para moler) tuvo que subirse a mover para continuar con la molienda, en ese momento se percat3 de la presencia de un ni1o extra1o de unos cinco o seis a1os que estaba junto a 3l, era diferente a todos los que hab1a conocido, hermoso, de piel blanca, con unos ojos vivaces, su cabello dorado y despeinado volaba al ritmo del viento, llevaba un pantal3n ra1do, un sombrero muy grande para el tama1o de su cabecita y colgaba un bolso de su hombro, mi hermano pens3 en un inicio que ser1a hijo de alguna se1ora de las tantas que esperaba en el corredor del molino, le pregunt3 su nombre y si 3l tambi3n hab1a venido a moler, le toc3 su bolsito, pudo palpar unas bolitas, pens3 que eran canicas y seguramente al terminar la tarea ir1an juntos a jugar . El ni1o extra1o no dijo nada...no caminaba, saltaba como saltamontes o pajarito, solo hizo gestos, se1as y le indicaba un lugar... le se1al3 con su mano un agujero de la parte alta del molino, como queri3ndole decir ¿Vamos all1?

Mi hermano le dijo:

- Es muy alto, no podemos ir allá... mejor vamos a jugar al patio, yo también traigo canicas.

No le contestó... se cruzó de brazos como en signo de espera...

Oswaldo terminó su tarea y quiso jugar con aquel niño raro, pero este se resistió a caminar y salir al patio, al parecer la luz hacía daño a sus ojos, se tapó con sus manos y se cubrió con su enorme sombrero, al no poder jugar este niño extraño decidió sacar una bolita que llevaba en su bolso y le obsequió en señal de amistad, luego saltó por el agujero para finalmente desaparecer por la cascada.

Mi hermano un tanto triste y perplejo guardó su bolita junto a las que llevaba en el bolsillo de su pantalón, entonces escuchó el llamado de mi madre que le indicaba que estaba listo el equipaje para regresar a casa.

Al día siguiente mis otros hermanos sacaban las canicas para una partida de juego, entonces Oswaldo recordó que sus canicas las había olvidado en el bolsillo de su pantalón, fue corriendo en su busca y se llevó una gran sorpresa.

¿Y esto? ¿Qué pasó?, dijo.

No eran la canicas transparentes brillantes que siempre tuvo, eran todas doradas como el sol, seguramente eran bolitas de oro, todos alarmados fueron corriendo donde mamá a contar tal suceso, enton-

ces Oswaldo recordó al niño que conoció el día anterior en el molino, el que le regaló una bolita que sacó de su bolso, ahora todas sus canicas son iguales a la del obsequio.

Mi madre después de escuchar la historia, dijo que mi hermano fue visitado por el duende de la generosidad y hay que dar una misa de acción de gracias. Años más tarde esas bolitas serían llevadas donde un joyero artesanal, el mismo que confirmó que eran de oro, posteriormente fueron transformadas en tenedores de cocina. Fue una verdadera fortuna que tuvo mi familia de la noche a la mañana. Yo recuerdo que cuando había visitas importantes en casa, mi mamá sacaba los tenedores de oro, es decir las joyas del duendecillo.

Con el pasar de los años pude conocer y constatar "La casa del molino", de construcción antigua y rústica, muy grande al menos así me pareció cuando fui pequeña, estuve ahí varias ocasiones, tenía un corredor amplio donde las personas seguían esperaban el turno para molar sus granos, además servía de protección de la lluvia o exceso de sol. Su dueña se llamaba Luisa, una mulata preciosa única de etnia afro en esos parajes andinos de población indígena, tenía una hijita albina Ruby, de tez extremadamente blanca como la nieve, llevaba largas trenzas rubias y unos ojos preciosos color cielo, yo jugaba con ella, siempre pensé que era hermana del duende.



En Pimán se encuentra una antigua hacienda agrícola, ubicada al noreste de la ciudad blanca, hace muchos años por ahí pasaba la carretera polvorienta que fue el paso obligado entre Ibarra y Tulcán, en sus mejores tiempos esta hacienda debió ser como un oasis primaveral en medio del desierto seco y espinoso del Valle del Chota, cuando se construyó la Panamericana Norte este rincón paradisíaco quedó aislado, únicamente sus dueños y agricultores siguieron dándole vida.

Tuve la oportunidad de conocer ya en su abandono, los verdes sembríos dan un contraste diáfano con las montañas grises y arenosas, la casa de hacienda luce semidestruida, aunque las viejas buganvillas vio-

letas, blancas y rojas aún florecen, sus graderíos y patios son devorados poco a poco por la maleza con el paso del tiempo, las viejas paredes de tierra se desploman junto a los recuerdos de su gente que la habitó, en sus interiores seguramente habitan duendes, fantasmas y sin duda dos almas enamoradas, la de Segismundo y Martha, novios enamorados de la novela "Égloga trágica" de Gonzalo Zaldumbide, que murieron de amor en esta casa de hacienda.

Volviendo a tiempos de apogeo de la hacienda Pimán, mi madre tenía la costumbre de contarnos historias, creo que heredé de ella esa manera de conservar en mi memoria estos relatos que me apasionan y los recuerdos de mi niñez me acompañarán para siempre.

Ella nos contó a todos sus hijos algo espeluznante que experimentó cuando era aún niña, recordaba que en el carretero de Pimán existía una casa de hospedaje cerca de la hacienda, destinada para los arrieros que llevaban y traían mercadería de Colombia a Quito y viceversa, pues en aquellos tiempos no había transporte vehicular, únicamente se lo hacían a lomo de caballos y mulas, ésta posada estaba ubicada en un lugar estratégico para que la gente descansara la noche, después de un largo y cansado viaje para emprender su camino al día siguiente.

Se escuchaba rumores de que los comerciantes desaparecían mis-

teriosamente en este sector, que era un lugar pesado, (término usado para describir algo misterioso) así decían nuestros mayores.

Su dueño era un señor de apellido García, no recuerdo su nombre y coincidentemente era amigo de mi abuelito materno, García había invitado a la familia de mi madre a que visitara su casa en signo de amistad, en efecto llegó el día y al llegar fueron atendidos como reyes, pronto se dieron cuenta que era un señor de mucha riqueza y brindaba verdaderos manjares a sus amigos. Entre conversa y conversa de mayores, mi madre siendo aún niña aprovechó para jugar con Olga y Rocío, hijas de García, habían salido a coger tunas, corrían tras las mariposas saltando entre montículos y zanjas.

Los juegos las habían alejaron de la casa, una de las hijas de García le alertó a mi madre...

¡No vayas...no vayas! allá hay fantasmas... los que van nunca regresan...

Esto aumentó más la curiosidad, entre tenebrosa e incrédula corrió y corrió con más energía hasta llegar al filo de una quebrada profunda, pronto pudo darse cuenta que soplaba un aire nauseabundo y una oleada de gallinazos oscureció la tarde veraniega, a pesar del miedo quiso saber de dónde provenía ese fuerte olor, lentamente se acercó un poco más al despeñadero y fue horrenda su sorpresa, cuerpos de

personas muertas tirados en diferentes posiciones, botados como leña amontonada recordaría años más tarde, unos sin cabezas, mutilados sus brazos, sus piernas, otros con sus ojos entre abiertos y muchos huesos esparcidos por sus alrededores.

Horrorizada corrió de regreso, sus amigas de juego le consolaron diciéndole que los fantasmas debieron haberla asustado, sin embargo nadie quitó de su cabeza ésta escena macabra que había presenciado y que nunca olvidaría.

Ya en casa de García, mi madre le contó a su padre lo sucedido entre llantos y miedo. García alcanzó a escuchar algo y con la tranquilidad más grande dijo:

Muchacha no se asuste y no diga mentiras a su papá... son unos burros muertos, los botamos en la quebrada porque se murieron de viejos...

Ella juraba y rejuraba a su padre y alaba la mano para llevarlo a ver aquel lugar siniestro, lastimosamente no pudieron ir por cuanto se acercaba la noche y tenían que llegar a la ciudad de Ibarra para realizar algunas diligencias.

Pasaron meses o quizá años, la fama de García crecía por su riqueza y también las desapariciones continuaron, de alguna manera se comenzó a relacionar las muertes de los comerciantes con la

fortuna de García. Un día Sergio Ramírez, comerciante muy reconocido del lugar y compadre de García, decidió salir de la duda y en unos de los viajes le dijo:

- Compadre... alísteeme la mejor habitación, una buena merienda y forraje para mis caballos, el día jueves vendré como de costumbre, pero esta vez traeré dinero en efectivo para comprar mucha mercadería.

Así fue, el día señalado como a las seis y media de la tarde se divisó a lo lejos la silueta de un jinete montado un caballo negro, halando tres caballos más, sus pasos se escuchaban un tanto cansados pero firmes, antes de llegar a la casa de García había que pasar por un camino interno entre dos montículos de roca, Sergio Ramírez esta vez fue armado y cuando atravesó este trecho vio como una sombra se abalanzaba sobre su humanidad, pensando por un instante que es García... le gritó:

- Compadre no me mate... si es por el dinero aquí está.

Simuló que va a sacar el dinero, pero en realidad sacó su revólver y disparó a aquella sombra, los caballos relincharon y asustados corrieron, un cuerpo cayó pesadamente sobre el barranco, tenía en su mano un puñal y su cabeza cubierta con un pasamontañas, rodó un poco para finalmente quedar inmóvil en un charco de sangre que se formó inmediatamente.

Ramírez desmontó de su caballo y procedió a descubrir el rostro...casi no fue sorpresa...era García su compadre, yacía muerto.

Aunque ya anochecía, siguió su camino rumbo a la Ciudad Blanca, para dar aviso a las autoridades de lo sucedido, al comprobar que se trataba de un asesino que había estado camuflado en su casa de hospedaje, la policía le condecoró a Sergio Ramírez, por la valentía de terminar con uno de los asesinos más temidos del sector.

Muchos años más tarde mi madre, contaría a sus hijos esta historia, cuando su padre le llevó a conocer al "Matón García", que se convirtiera en leyenda en toda la región.



La Mesa, se encuentra a escasos 10 minutos de Pimampiro, así se llama por la planicie de su terreno, hoy podemos admirar los verdes pastizales y hermosos huertos frutales, su aroma armoniza con el sonido de las aguas saltarinas del río Pisque que baña plácidamente las riberas del acantilado de este lugar paradisíaco y santuario arqueológico, quizás el más importante del país.

La Mesa se encuentra en la base de una gran montaña de terrazas pre-incásicas, que en sus mejores tiempos sus habitantes los Pimampiros debieron cultivar muchos productos para alimentar a todos los pueblos aledaños, fueron indomables guerreros que jamás se rindieron a la invasión Inca, grandes constructores, extraordinarios agricultores.

Estamos hablando de una comunidad que se asentó en este lugar estratégico para el comercio, antiguamente las tribus orientales traían sus productos para intercambiar con los de la sierra, la coca fue el principal cultivo, planta sagrada y medicinal importante para sus rituales, curar la fatiga, las enfermedades y sobre todo entrar en contacto con sus dioses.

Este lugar hermoso debió ser como Macchu Picchu por su geografía, sus terrazas y sus tesoros arqueológicos.

Nuestros antiguos pimampireños cuentan que los "huaqueros" (buscadores de tesoros) descubrieron una verdadera ciudad subterránea en este lugar, provista de cámaras mortuorias, pasillos que conducían a otras habitaciones ceremoniales, enormes pundos (grandes vasijas) que servían de tumbas para reyes y nobles que fueron sepultados junto a sus riquezas como: máscaras, collares, brazaletes, estatuillas fabricadas en oro y plata, plumas de colores brillantes, etc. Algunas piezas que lograron saquear fueron vendidas a museos de países europeos en una gran fortuna.

Esto hace suponer que era una especie de valle de los reyes, similar a lo que construyeron los antiguos egipcios. Lo que no se percataron los buscadores de tesoros, fue que se estaban enfrentando a un gran espíritu cuidador.

Cuando intentaron ingresar maquinaria para poder excavar y saquear

completamente la ciudad, llegó un fuerte huracán, una oleada de polvo y piedras acompañada de un aullido ensordecedor provocó un derrumbe de gran magnitud, algunos excavadores escaparon llenos de terror, otros fueron sepultados vivos junto a esta riqueza arqueológica.

Pronto intervinieron las autoridades y el Banco Central, custodios del patrimonio cultural, prohibieron y clausuraron las excavaciones para siempre.

Tiempo después de este suceso, mi abuelito nos contó que trabajadores de la “Hacienda la Mesa”, así se llama hoy, mientras realizaban trabajos de cultivo agrícola, descubrieron entre la maleza unas enormes piedras rectangulares, finamente talladas, de unos cinco metros de alto por uno de ancho, grabadas con hermosos petroglifos, unas verdaderas obras de arte precolombino, quizá fueron parte del portal de la gran ciudad milenaria. Años más tarde las conocería personalmente, quedándome asombrada ante la magnitud de la belleza de tales construcciones.

Hoy, todavía podemos observar los vestigios de enormes terrazas un tanto destruidas como prueba de esta gran civilización. En su cúspide se asienta la parroquia de Chugá, pueblito que ha tomado la posta al espíritu guardián de tesoros, está vigilante y desde su cima disfruta observar la belleza de la cuenca del río Chota, sus tierras ricas y fecundas que siguen alimentando abundantemente al norte del país.



**R**ecuerdo hace muchos años, yo aún niña miraba maravillada cómo llegaban los gitanos en caravana a mi pueblito polvoriento en época de vacaciones escolares, con sus carretas, carros llenos de muebles, objetos de cocina, cables eléctricos, animales y carpas para montar un circo que entretendría a la población y sobre todo la presencia de bellas mujeres que con su cartomancia leían el futuro de sus clientes.

Siempre rondó en mi cabeza que estos personajes eran seres mágicos, llenos de mucha sabiduría y misterio, más tarde comprendí su historia que viene quizá de muchos siglos atrás, se cree que son originarios de Egipto o el noroeste de la India, en fin cual sea su origen,

lo cierto es que vinieron a América seguramente junto a Colón, de ahí llegaron a todos los países americanos y concretamente al nuestro.

Muchos niños curiosos nos acercábamos sigilosos a ver la llegada de estos extraños seres de otro mundo, nos dimos cuenta que en un abrir y cerrar de ojos armaron sus “casas” por así llamarlo, sus enormes carpas coloridas y desgastadas, poniendo un toque pintoresco y de alegría al pueblo.

El dialecto era muy diferente al nuestro, parecían que hablaban lenguas extrañas con acentos raros, sin embargo las mujeres que leían las cartas y el tarot hablaban más fluido el castellano, después supe que su idioma era variante del Romani, su lengua originaria. Por su condición de nómadas, estos personajes han manejado una rica cultura y saberes ancestrales de todos los lugares que van recorriendo, otra cosa que me fascinó fue su hermosa vestimenta y la belleza de las mujeres, parecían artistas de cine de los 50 o 60 con sus faldas floreadas, las blusas adornadas con encajes delicados y bellos, llevaban largos pendientes, pulseras, collares y adornos en sus hermosas cabelleras, su sonrisa amplia y cautivante invitaba a consultar el destino por medio de sus cartas. Los hombres también eran guapos, musculosos, con sus profundos ojos negros, cabello ensortijado, su vestimenta sencilla generalmente usaban pantalones blancos con camisas

sueitas, algunos llevaban una especie de turbantes en sus cabezas, se podía ver a familias completas con niños hermosos en sus brazos.

En los días siguientes un carrito viejo recorría las calles anunciando en altoparlantes las funciones del circo, su nombre no lo recuerdo, pero promocionaban malabares con chivos, perros, monos, equilibristas, trapevistas, el lanzamiento del hombre bala y por su puesto pronosticaban el futuro referente al amor, dinero, salud, etc.

A la salida de la escuelita formábamos grupos numerosos para cuiosear el circo, mirábamos entre sus carpas cómo ensayaban los malabaristas, otros con sus animales subían y bajaban obstáculos, algunas mujeres preparaban sus alimentos en sus improvisadas cocinas, en unas cuerdas secaban su ropa multicolor.

Había un gitano que parecía el mayor de todos, tenía una barba descuidada y extremadamente larga, cocinaba algo todos los días en una gran olla humeante, tal vez algún mineral, pues emanaba un olor fuerte a metal y despedía un raro humo azulado. Este hombre seguramente era una especie de Melquiades el alquimista, personaje que quería convertir los metales en oro en el Macondo de García Márquez.

Los gitanos habían instalado dos tiendas adicionales al circo, una para vender golosinas y otra era la sala de espera, en donde las bellas mujeres leían el tarot para ofrecer recetas de felicidad y riqueza a los

creyentes de la buena suerte. Las personas hacían largas filas, todos eran adultos, yo también sentía curiosidad ante las maravillas que contaban los clientes, pero no tenía dinero, además los niños no hacían colas para averiguar el futuro, se suponía que nosotros sí éramos felices, de vez en cuando rondaba una bella gitana sonriente. Un día me dijo:

- Ven...te leo la palma de la mano...

Yo nerviosa le manifesté que no tenía dinero, a lo que contestó:

- No seas tonta, yo no te voy a cobrar nada, Ven...

Extendió su mano buscando la mía, ella miró detenidamente la palma de mi pequeña mano y de rato en rato me miraba y luego bajaba la mirada a mi mano, finalmente dijo:

Veo claramente que llevas dicha en tu corazón y eres capaz de hacer feliz a las personas que están a tu lado, eres muy fuerte y luchadora, nunca te vas a rendir a nada, pero pasarás muchas dificultades, finalmente lograrás vencer, veo que eres el signo de la cabra y tu elemento es tierra, eso determina que eres capaz de vencer todos los peligros de tu vida, después de un momento dijo: ¿has visto a las cabras subir a las montañas más altas y peligrosas? Yo afirmé y dije:

Siempre veo cabras subidos en unos peñascos buscando algo de comida, a lo que ella manifestó:

Así es tu vida...ve con Dios.

El circo permaneció aproximadamente un mes distraendo a toda la gente para finalmente partir de la misma forma que llegaron en caravana y dejándonos ciertas directrices de vida.

Las palabras de la hermosa gitana se quedaron rondando en mi mente a lo largo de toda mi vida, a medida que pasan los años voy confirmando sus profecías, sigo venciendo obstáculos, esperando llegar pronto a la cima de la montaña, como lo hacen las cabras.



La década de los cuarenta, fue tiempos de sucesos apocalípticos para la humanidad y también para nuestro país por todas las cosas terribles que estaban sucediendo, guerras, hambrunas, asesinatos, muerte y desolación. Las religiones hablaban de que se acerca el final de los tiempos, que era momento de redimir los pecados.

Quito, ciudad hermosa rodeada por volcanes activos, asentada en el cinturón de fuego, sus calles dibujadas en formas caprichosas por su geografía irregular, de los balcones de sus casas colgaban hermosos geranios multicolores, aquí ocurrió un suceso que formó parte de su rica memoria colectiva y que continuará cautivando a muchísimas generaciones desde diversos puntos de vista e imaginación.

La noche del 12 de febrero de 1949 transcurría como muchas otras, 3poca de días fríos y lluviosos aunque esa noche estaba completamente despejada, sus habitantes se disponían a descansar en sus hogares y escuchar la 3nica distracci3n de ese tiempo: la radio, artefacto que entretenía con las radionovelas de moda como Kalimán, Arandú, y otros héroes que nos hacían soñar con sus aventuras fantásticas. Estos programas reunían a la familia, amigos y vecinos a disfrutar en las noches apacibles.

Como a las siete de la noche los capitalinos sintonizaban las radios como la "Col3n", "Melodía", "HCJB y a esa hora la radio "Quito" transmitía "Pasillos del recuerdo", pronto se interrumpió la música para hacer una transmisi3n de 3ltima hora jamás hecha de lo que se recuerda.

- ¡¡ Atenci3n, atenci3n Quito!!... informaci3n de 3ltima hora...¡¡... ¡¡ los marcianos, los marcianos nos invaden... ¡¡ est3n sobrevolando la ciudad y parece que van a aterrizar ...

La poblaci3n que escuch3 se qued3 at3nita...s3lo faltaba esto pensaban algunos, porque ya había sucedido la segunda guerra mundial, la bomba at3mica mat3 a millones de seres humanos en Jap3n, seguro esto sería el 3ltimo de los jinetes apocalípticos del fin del mundo.

La mayoría de gente corri3 a las calles, gritaban, buscaban su dinero por si acaso les sirva para el viaje a Marte, perdonaban y abrazaban

a sus enemigos, se hincaban en el suelo a rogar a su patrona la “Virgen de Quito”, más una multitud angustiada ingresaban atropelladamente a las iglesias en busca de un boleto para ir al cielo.

Un número pequeño de escépticos fueron al lugar de sobrevuelo a ver si es verdad que llegaban los marcianos... no faltó alguien que dijera que es una historia similar a la que pasó años atrás en Nueva York, cuando se transmitió la “Guerra de los mundos” una versión radiofónica de la novela de ficción escrita por Herbert George Wells, allá provocó una revuelta y fue cuando se conoció el poder que tiene la radio para revolucionar y conmocionar al mundo.

Pronto se dieron cuenta que una rara iluminación resplandecía en el sector indicado, pues en realidad se trataba de luces procedentes de naves marcianas que poco a poco hacían su aterrizaje. Descendieron lentamente unos seres humanoides, delgados, grises, con una cabeza grande, sin cabello y grandes ojos rasgados, su vestimenta era similar al color de su piel muy ceñida a sus cuerpos, se podía escuchar unos sonidos guturales, una especie de conversación entre ellos.

Solo por un momento se pudo contemplar a estos personajes cósmicos, cuando los incrédulos trataron de acercarse se vieron impedidos tras sentir fuertes descargas de electricidad, los visitantes al percatarse de la presencia humana emprendieron vuelo, para final-

mente desaparecer del cielo quiteño.

Los escépticos estaban estupefactos, no sabían qué pensar, si eran seres invasores que venían a apoderarse de nuestro planeta o eran seres buenos que querían intervenir por la paz de la tierra que estaba cayéndose en pedazos por el poder, la vanidad y el afán de dominar el mundo por parte de las potencias mundiales.

Han pasado varios años desde aquel suceso, sin embargo esta historia pasó a enriquecer la cultura de Quito, lo cierto es que la capital de vez en cuando es iluminada por luces extrañas que nos recordarán para siempre la visita de los marcianos.



Entrada la tarde, la niebla descendía lentamente al pueblito incrustado entre las montañas. La leve llovizna acompañaba la tristeza y nostalgia de su gente por la muerte de uno de sus hijos que había ocurrido aquel día, fue una especie de shamán o curandero por muchas generaciones. Allí tenían la costumbre de velar al muerto dos y hasta tres días, con la esperanza que resucite como había ocurrido alguna vez y más aún, mantenían la esperanza de que casualmente llegue un médico místico muy famoso que visitaba los pueblos de cuando en cuando.

Ya en la noche, los débiles faroles casi no alumbraban la única placita. Uno que otro parroquiano entraba y salía del lugar del velorio, pasaron

las horas y casi pierden las esperanzas de que llegue el esperado doctor, siendo as3, al amanecer del d3a siguiente tendr3an que sepultarlo.

A los lejos se escuch3 el sonido de un carro, todos levantaron sus cabezas agachadas y se miraron mutuamente con una brillo de alegr3a y esperanza en sus ojos, salieron a mirar de d3nde proven3a dicho ruido, entonces se dieron cuenta que se trabaja del viejo jeep verde del doctor que se acercaba r3pidamente, era c3mo si supiera que lo esperaban ansiosos y llegaba a certificar la muerte o a resucitar.

Las personas que estaban en sus casas, al escuchar el ruido sacan las cabezas por puertas y ventanas, al reconocer el carro sal3an r3pidamente rumbo al velorio a presenciar el milagro que todos esperan.

El doctor en su equipaje acostumbraba llevar sustancias extrañas, cremas, frascos con l3quidos de todo color, polvos, piedras brillantes, esencias y algo especial el "elixir de la vida". Dec3an que al pasar esta sustancia empañada en un algod3n por la nariz del muerto este probablemente resucite.

Estacion3 su carro, se baj3 apresuradamente con su caracter3stico abrigo largo y su sombrero negro, agarr3 su inseparable malet3n de medicamentos milagrosos e ingres3 r3pidamente al velorio.

El doctor revis3 al muerto, toc3 su cabeza, brazos, r3pidamente abri3 su equipaje, busca desesperadamente algo, al fin localiza un fras-

co con líquido verdoso, antes a aplicar hace una reverencia, cierra los ojos y permanece en silencio un momento como señal de oración, toma el algodón pasa por la nariz del difunto, lo deja un momento como para que el muerto lo aspirara, todos estaban atentos. Al rato dijo:

"Esto no es un milagro para despertar muertos, esto es una reacción química que hace efecto cuando la persona solo ha sufrido un ataque al corazón o algo así, pero parece no ser este el caso".

El shamán parecía estar muerto de verdad, su color era característico de una persona que se le ha escapado la vida, pasaron como tres minutos...frente al asombro de los asistentes el muerto levantó la cabeza, aunque le costó incorporarse, claro su semblante y sus ojos semiabiertos eran propios de un cadáver, pronto cayó bruscamente su cuerpo.

Alguien dijo:

- Tiene que levantarse y resucitar, la sustancia del doctor más los poderes que tuvo en vida, debe ser inmortal.

Se sintió un calorcito extraño en la fría noche, esta vez el muerto se incorporó completamente y de su cuerpo comenzó a emanar llamas de fuego, poco a poco fue adquiriendo una apariencia siniestra mezcla de hombre y animal, especie de hombre lobo, corrió y huyó al bosquecillo cercano de eucaliptos provocando un gran incendio a su paso.

Las mujeres y los ni#os corren asustados a sus casas y algunos hombres tratan de esconderse, otros se quedan contemplando a#n incr#dulos.

El doctor no sale de su asombro, decide ir al bosque tras el hombre lobo, era su responsabilidad averiguar y dar una respuesta l3gica al pueblo. Pronto distingue entre los palos quemados una figura sinies- tra que olfatea y a#lla, igual que un animal salvaje. Los dos se encuen- tran con la mirada frente a frente como queri#ndose decir que cada uno es culpable de lo que est# pasando y se produce un enfrentamien- to cuerpo a cuerpo. El doctor avanza a levantar a este extra#o ser y lo lanza al fuego m#s cercano, se escuch3 un estruendo al caer el cuer- po grande y pesado de aquel ser y una nube azulada se fue formando en un d#bil cord3n con direcci3n al ata#d.

Para los pocos que se quedaron en la sala de velaciones el sham#n estaba ah#i, muerto, p#lido y r#gido. Finalmente el doctor dijo para cal- mar a la poblaci3n:

"La energ#a negativa de su esp#ritu logr3 moment#neamente hacer esta trasmutaci3n terrible, pero ya se ha liberado de todo mal, ahora descansa en paz".



Cierta noche de junio dormía con mi hijo pequeño en la casa de mis padres, estábamos solos, la casa era grande, ubicada en medio de una gama de cultivos, adornada con ciprés, pinos, margaritas y rosas, hermoso jardín plantado por mi madre que bordeaba la casa de construcción antigua. Disponía de amplios corredores, grandes bodegas y el soberado (especie de bodega en el techo de la casa), donde se guardaban productos para alimentar a la grande familia durante todo el año, maíz, trigo, cebada, morocho y otros productos de la sierra andina.

Desperté a media noche sobresaltada y pude ver con la luz tenue de la luna a un hombre de pie cerca de mi cama, su aspecto no parecía

una amenaza, m1s bien era como que disfrutaba al contemplarnos. Entonces pens3: ¿quien es?, ¿era un ladr3n?, ¿un fantasma ¿ y por d3n-  
de ingres3? La casa estaba con todas las seguridades, me restregu3 los  
ojos para tomar conciencia plena, entonces el hombre hab3a desapa-  
recido. Inmediatamente me levant3 a buscar indicios del intruso pero  
nada encontr3, las puertas y ventanas estaban seguras, entonces pen-  
s3 que a lo mejor fue un mal sueño y finalmente volvi3 a acostarme lo-  
grando conciliar el sueño y dormir pl1cidamente.

Al d3a siguiente todo estaba en orden, mi familia regres3 de alg3n  
compromiso social y todo volvi3 a la cotidianidad, el bullicio, el traji-  
nar en la cocina, el cuidado de los animales y cultivos, etc.

El tiempo y las actividades diarias hacen que nos olvidemos de co-  
sas pequeñas e insignificantes. Yo realmente no recordaba el sueño.  
Una tarde mi padre me dijo que vaya al soberado a recoger ma3z pa-  
ra hacer el tradicional tostado de las familias campesinas. Sub3 la es-  
calera con una canasta y de reojo mir3 una sombra que se ocult3 tras  
un mont3n de ma3z, camin3 con cuidado y me acerqu3 lentamente,  
ah3 estaba el seño de mi sueño, me hizo un gesto para que guardara  
silencio y en voz baja me dijo:

*"No preguntes que hago aqu3... he vivido muchos años con toda 3sta*

*comida disponible y en las noches cuando todos duermen bajo por agua y cosas que me hacen falta, no te haré daño".*

Era una locura, cómo es que haya vivido en la casa un extraño y nunca nos hayamos percatado de su presencia, sin duda alguna era "el hombre oculto". Así lo recordaré para siempre, aparentemente no demostraba agresividad, más bien daba una sensación de paz.

De vez en cuando sentía su presencia y ésta complicidad quedó entre él y yo, pero como no hay secreto que dure cien años, una tarde soleada mi hermano mayor fue al soberado y también lo descubrió escondiéndose entre las sombras y comienzo a gritar:

*"Un ladrón, un ladrón..."*

Yo no tuve tiempo ni era la ocasión para contarle a mi familia sobre su presencia en la casa, "El hombre oculto" no tuvo otro remedio que bajar del soberado y tratar de salir de la casa, pero había algo que lo impedía.

Mi familia pensó que era un maleante, ante la amenaza de mi hermano este personaje extraño salió al patio, al parecer la luz del día le causaba daño a sus ojos, probablemente habían pasado años sin reci-

bir luz solar, por lo que se tapó la vista con sus dos manos y se encogió en posición fetal, ese momento hubo un destello de luz, su cuerpo se desintegró completamente en miles de partículas luminosas que desaparecieron con el viento de San Juan.

Todos quedamos atónitos, asustados y sorprendidos sin saber qué fue lo que pasó, fue una visión, un ángel guardián o un mago.

Ya se acercan las fiestas de San Juan, a lo mejor fue una especie de ángel y probablemente nos visite de nuevo.



Quiero compartir una vivencia mágica que experimenté en un paseo familiar que realizamos a la Cascada de Peguche, cerca de la ciudad de Otavalo, este relato está acompañada con un tinte fantástico y literario.

La Cascada de Peguche es un sitio ceremonial milenario, símbolo de la otavaleñidad que esconde un espíritu guardián de sus aguas, bosques y la tierra. Cierta día visitamos este hermoso y mágico lugar, cobijado y cuidado por el padre de todos los montes, el majestuoso Imbabura.

El agua corre serena, cristalina y armoniosa entre sus rocas. Desde tiempos milenarios se conoce que en el cambio de solsticio del 23 de

junio de cada año, los pobladores han ido y siguen yendo a la cascada a bañarse en sus aguas cristalinas, como símbolo de limpieza espiritual y de renovación de sus energías.

El bosque circundante con sus enormes troncos partidos y envejecidos por el paso del tiempo se mantiene fuertes y rígidos como un ejército vigilante de todos los misterios que envuelve este lugar ceremonial.

Junto a la cascada hay una caverna, en la entrada cuelga un rótulo que dice: "CUIDADO... EL ESPÍRITU DEL INCA DESCANSA" esto llamó poderosamente mi atención, esta cueva cubierta con un latón y en el centro una ventana pequeña donde cuelga una tela negra que ondea con el viento frío.

Me acerqué sigilosamente, levanté la cortina y desde adentro sentí un fuerte olor a humedad, un misterioso viento helado salió de la profundidad de la roca estremeciendo mi cuerpo.

Preguntamos al cuidador si podíamos ingresar, dijo que sí, que había que respetar el lugar y contribuir con un pago económico para mantenimiento del mismo.

Ingresamos con miedo y curiosidad después de recibir una pequeña explicación, la primera sala por así decirlo era oscura con muchos adornos preincaicos, flores, instrumentos antiguos de labranza de la tie-

rra, semillas, velas encendidas y su olor a cosas guardadas combinado con sahumeros y colonias, un lugar similar al que hacen las famosas "limpias", así se llaman los baños rituales de nuestros pueblos andinos, esto comunicaba a pasillos internos, antesalas, una especie de laberinto que subían cuesta arriba hacia la cúspide de la montaña, escalamos lentamente apoyados de unas sogas puestas para este fin.

Poco a poco la oscuridad aumentaba, las débiles velas colocadas en los pasillos no brindaban mucha visibilidad, de vez en cuando tropezábamos con rocas resbaladizas por las vertientes de agua internas, nos asegurábamos de caminar juntos apoyándonos para vencer los obstáculos. Al poco tiempo nos dimos cuenta que habían más personas haciendo esta aventura, ellos iban delante de nosotros, unos reían, otros gritaban en señal de que estaban desorientados. En fin, nosotros sin mayor dificultad continuamos con el ascenso.

Por la mitad del túnel había un pasadizo lateral que curiosamente estaba muy bien iluminado, me acerqué... y ante el asombro de mis ojos me di cuenta que se trataba de un lugar encantado, su estructura era completamente diferente, con acabados perfectos, las paredes cubiertas con hermosos dibujos de dioses, rituales, viajes interestelares, etc. Al final de ese pasillo había un salón redondo que deslumbraba con un color amarillo, en la puerta se encontraba sentado un señor

en una especie de trono, su dorso desnudo, cubierto con un taparrabo y adornado con una gran corona de hermosa plumas multicolores y sus pies cubiertos con sandalias doradas. Por mi cabeza pasó una serie de dudas, a lo mejor no podría salir aquel lugar, perdí la noción real del tiempo, recordé a mi familia, me estarían buscando o no se habrían percatado de mi ausencia.

En ese silencio profundo y eterno escuché al señor que dijo:

*-“Tienes un alma buena, por eso has podido entrar y ver lo que otros no pueden”*

Quise expresar un agradecimiento, solo se me ocurrió hacer una reverencia.

Luego de un momento dijo:

*"Vete...te están llamando"...*

Extendió la mano a su corona para extraer una pluma y dárme-la...sin pronunciar palabra, di media vuelta y pronto estuve en el pasadizo oscuro, regresé a mirar y no había nada especial que indicase una luminosidad o algún túnel, todo se esfumó como arte de magia.

Traté de encontrar una respuesta lógica, pero no había nada razonable, ese momento escuché que me llamaban mis hijos, grité diciéndoles que pronto les daría alcance... caminamos un trecho y pudimos ver la luz al final del túnel.

Una vez en la cima, había unos letreros que señalaban las diferentes rutas de aventura, nosotros decidimos seguir la del norte, en el camino íbamos descubriendo rocas muy antiguas, seguramente con información milenaria y sagrada de nuestros ancestros, petroglifos con diseños del sol, la luna, animales y sobre todo una me inquietó... era un dibujo exacto al señor que acababa de mirar "El dorado", así lo llamaré, era idéntico... sentado con su taparrabo, sus sandalias y su corona, lo más asombroso de todo es que le faltaba una pluma, sin duda era la que me regaló "El dorado", saqué de mi bolsillo y le coloqué... calzó exactamente.

Mi expectativa creció, guardé silencio de esta mágica experiencia, sin embargo, mi confusión fue enorme al tratar de descifrar este misterio.

Con mil pensamientos seguimos la ruta, finalmente encontré una descripción en otra roca que decía:

*"Los espíritus existen, cuida la naturaleza, el agua, el bosque, la tierra..."*

Este mensaje enloqueció más mi ser, me senté sobre el césped y rocas boca arriba, mirando al cielo azul, como buscando respuestas en el infinito, quedó claro... los espíritus existen.

La naturaleza y la tierra, no es una herencia de nuestros padres, sino un préstamo para nuestros hijos, así reza un viejo proverbio indio.







[www.casadelacultura.gob.ec](http://www.casadelacultura.gob.ec)

2018

*La CCE, sembrando la buena semilla de la patria*